

Así cuando el furor y rabia crece
 En el dios que los vientos emprisiona,
 Si allí el humilde Céforo parece
 Con su divino talle y su persona,
 Si ricos besos á su dios le ofrece,
 Y él bebe el aura dulce y regalona,
 Desecha el vulto y el aspecto triste,
 Y de hermosura y resplandor se viste.

« Corre al mar, dijo al Céforo, y al punto
 Tus vuelos por el Címico derrama,
 Y de los vientos al estruendo junto
 A mi mandado y obediencia llama:
 Apacigua las aguas, que barrunto
 Que el mar herido por los aires brama;
 También quedito al dios Neptuno llega,
 Y su furor y cólera sosiega.»

Sale á hacer el mandado, y no discrepa
 La ejecucion un punto del intento,
 Y en la region acelerada trepa
 Con lento y agradable movimiento:
 Busca sus compañeros porque sepa
 La intencion de su rey cualquiera viento;
 Llega á Neptuno y su furor amansa,
 Y con su vista el fiero mar descansa.

Rinde tranquilo el cristalino paso
 A las sin forma naves y galeras,
 Que dudan tras el misero fracaso
 La entrada por las próximas riberas:
 Muéstrase el cielo sin las nubes raso,
 Y amedrentadas las naciones fieras,
 Las manos juntas para el cielo empinan,
 Y á la corva ribera se avecinan.

Las primeras galeras que llegaron
 Fueron de las cortezas singulares
 Que los soldados cénzalos quitaron
 A la pulgona gente los habares;
 En el arena el áncora aferraron,
 Si puede ser que al áncora compares,
 Lector, el garabato en la corteza
 Que á las habas les dió naturaleza.

No hubo en los demás algun soldado,
 Aunque cansado de tan dura guerra,
 Que aguardase á salir del mar salado,
 Porque el esquife le pusiese en tierra;

Que unos salieron con presteza á nado,
 Mientras en tierra el áncora se afierra;
 Otros echando por el aire el vuelo,
 Pisaron presto el arenoso suelo.

El rey Sicaboron solo y remoto
 Algun peligro temó que padezca,
 Y sin nave, sin gente y sin piloto
 Pesaráme en el alma que perezca:
 Ruéguele á la fortuna algun devoto
 Que á mi musa con vida se le ofrezca,
 Porque el suceso de su mal le cuente,
 Y ella lo mismo á la curiosa gente.

CANTO VI.

¿Quién puede ser quien á mi musa admira,
 Y con su vista su hermosura espanta?

¿Qué cosa nueva por el golfo mira,
 Que las treguas del ocio le quebranta?

¿Qué oculta fuerza sin templar la lira,
 A que cante la fuerza, y versos canta?

¿Quién mi pesada mano facilita
 Para escribir lo que su voz me dita?

¿Qué Meguera infernal las aguas hiende,
 Y dando en ellas temerarias coces,
 Con piés y manos su cristal ofende
 Y al cielo con la fuerza de sus voces?

¿Qué temerario mónstruo el aire enciende
 Con fuego de sus ojos, tan atroces,
 Que en humo el agua convertida sube,
 Resuelto su vapor en negra nube?

¿Es por ventura el mónstruo horrendo y feo
 Que nadando á la orilla se endereza,
 El que contra las hijas de Cefeo
 Envió de las diosas la dureza?
 Mas no; que el valentísimo Perseo
 Ya triunfó de su indómita cabeza,
 Despues que la saxifica Gorgonia
 Cortó con el escudo de Tritonia.

Mas ya descubre su presencia bruta,
 Y si su misma forma representa,
 El es, sin duda, el tártaro de Buta,
 Que escapa del peligro y la tormenta:
 Desde las aguas á la tierra enjuta
 En cólera encendido se presenta,
 Y con sus hechos á mi musa obliga,
 Sin detenerse, á que en cantar prosiga.

Salió este rey del Cimico salado,
 Lleno de rabia, cólera y enojo,
 Dividiendo las aguas cual pescado,
 Pesado con la fuerza del remojo:
 Cuando, dejando de la orilla el vado,
 Al rayo caluroso del dios rojo,
 Flemático descansa de la fuga
 Del mar, y el agua que le oprime enjuga.

No se le acuerda de rendirle gracias
 A la piedad del cielo, que le trujo
 Libre de las tormentas y desgracias
 Del mar, que padecía de aguas flujo;
 Mas de blasfemias en su ser reacias
 Una soberbia multitud produjo,
 Y ántes, en vez de compungirse, peca,
 Y allí las gracias en pecados trueca.

Con rabia inmensa blasfemando, jura
 De derribar de las divinas salas
 Al dios que rige la suprema altura,
 Y de amansarle la soberbia á Pálas;
 De apoderarse en la region oscura
 Del dios Pluton, y de cortar las alas
 A Mercurio, y de hacer que á todos ellos
 Apriete Marte los altivos cuellos.

No ha de quedar en el Olimpo diosa
 A quien con sus rigores no persiga,
 Si no es que el ruego de la más hermosa
 A dar de mano á su crueldad obliga:
 La casta diosa, que ha de ser su esposa
 Dice, y que Juno servirá de amiga,
 Y Venus de su ejército ramera,
 Y la madre Cibéles de tercera.

Estas razones y otras tales dijo,
 Injuriando con ellas á los cielos,
 Y en ellos siempre el rostro horrible fijo,
 Como en única causa de sus duelos:

Y ya tras el pasado mal prolijo,
 Dar quiso al viento sus enjutos velos,
 Cuando otro encuentro peligroso encuentra,
 Y de Caribdis en los sirtes entra.

Vió caminar por la cercana orilla,
 Y que en su contra se venia derecha,
 Una estantigua flaca y amarilla,
 A la humana figura contrahecha:
 Al tártaro el aspecto maravilla,
 Aunque imagina entonces y sospecha
 Que contra su valor el miedo traza
 Esta inventiva para darle caza.

Eran todos sus miembros carcomidos,
 Marchitos, tristes, sin color y yertos,
 De la pobreza y desnudez vestidos,
 En ansia vivos, en aspecto muertos;
 En dos cavernas lóbregas metidos
 Los ojos, y los huesos descubiertos,
 Las cuerdas encogidas, y las venas
 Vacías de sangre, y de flaqueza llenas.

Miró la bestia al rey, y el rey miróla,
 Y apenas pudo detener la risa,
 Viendo su forma revejida y sola
 Con cuánta flema las arenas pisa:
 «Hola», le dijo al rey; y el rey á él «hola»,
 Que le responde sin temor le avisa,
 Cuando á ver lo que quiere se previene,
 Saliéndole al camino por do viene.

Apresuró el ligero movimiento
 El barriliense rey pequeño espacio,
 Y la figura con su paso lento
 Puso delante dél su vulto lacio:
 «Demonio, el rey le dijo, macilento,
 Si demonios caminan tan despacio,
 O si ya que en el paso no lo eres,
 Demonio en la figura, ¿qué me quieres?»
 «¿Eres, di, por ventura, vil fantasma,
 O alguna falsa y hechicera bruja
 Que con fuerza de unción ó cataplasma
 Ara su frente y la sustancia estruja?
 Porque no soy persona que se pasma
 De verte tan decrepita y magruja,
 Ni lo hiciera si fueras un vestiglo
 Venido al nuestro desde el otro siglo.

«¿ Eres de alguna mosca el alma en pena ,
Que en forma triste y en aspecto flaco ,
Sin el cuerpo insepulto en el arena ,
Penando vives por el aire opaco ?
Que si por esta causa te condena
A destierro de gloria el justo Eaco ,
Por el dios grande de las moscas juro
De igualarte en la suerte á Palinuro.»

Dijo ; y entonces el transido bulto ,
Apartando del rostro macilento
El cano y raro crin suelto y inculto ,
Así sacó el debilitado aliento :
« No tengo mi cadáver insepulto ,
Ni soy alma que habito por el viento ;
Que ántes de cuerpos y almas soy estrago ,
Y el alma quito al cuerpo , y le deshago.

« No soy fantasma , bruja ni estantigua ,
Como á tus ojos dices que parezco ;
Porque más que esas cosas soy antigua ,
Y en mi vejez la informacion ofrezco :
Mi proceder decrépito averigua
El efecto tan duro que apetezco ;
Es mi madre la gula , el tiempo padre ,
Y soy de insultos y trabajos madre.

« Yo soy aquella que primeramente
Fuí por orden de aquel que así lo quiso ,
Quien al padre primero de la gente
Tenté cuando salió del paraíso :
Yo soy por quien le dijo al delincuente ,
Saliendo á su destierro tan preciso ,
Que yo le haría mil veces que sudase ,
Porque de mis rigores se librase.

« Yo soy aquella que de casa en casa
A los mortales miseros visito
Tres veces cada día , y pongo tasa
En lo que morirán si se lo quito :
Yo soy aquella de virtud escasa ,
Porque soy quien la estrago y la marchito ;
Y soy quien hizo que Eresicton fuese
El mismo que á sí mismo se comiese.

« Yo soy aquella que de ley carezco ,
Cuya frásis latina se tradujo
En decir en Castilla que parezco
Cara de hereje con mi sér magrujo :

Soy la que los manjares encarezco ,
Y sin ser quien los gasto , soy quien trujo
El mundo á tal extremo , que al materno
Diente he dado á comer el hijo tierno.

« Yo soy , en suma , un perro de hortelano ,
De todos los vivientes enemiga ,
Que para mi ninguna cosa gano
Cuando del bien ajeno soy mendiga :
Yo soy aquella que el pequeño grano
Vedo á la boca de la astuta hormiga ;
Y siendo quien que coman no consiento ,
Soy quien de ayuno y hambre me sustento.

« Allá en un monte de la Scitia extrema
Tengo mi casa sola , oscura y triste ,
Donde con fuerza el Aquilon requema
La tierra , que de yerba aun no se viste ,
Adonde el rayo del calor no quema ,
Por el hielo cruel que le resiste :
Allí habito , teniendo con quien trate
Solo al temor , que allí los dientes bate.

« Desde allí solamente á verte vengo ,
Por si eres tan valiente como dice
La fama tuya , á quien envidia tengo ,
Y quiero ver si tu valor desdice :
La Hambre soy , que hacer en tí prevengo
Lo que en el pecho de Eresicton hice :
Aquí sabrás quién soy , y yo quién eres ,
Si no viene en tu ayuda Baco y Céres.»

Dijo ; y furiosa , el magro vulto llega ,
Y al rey soberbio con audacia toca ;
El rostro hambriento con el suyo pega ,
Respirando veneno por la boca :
El iracundo Tártaro reniega
Viendo la furia temeraria y loca ,
Y buscando confuso los aceros ,
La hambre cruda se los dió más fieros.

Lucha con el soldado , y de repente
Desaparece el mónstruo en la ribera ,
Pensando en aquel trance el rey valiente
Que en ténues auras se voló la fiera ;
Pero al instante en lo interior la siente
Que de sus fuertes miembros se apodera ,
Y juzga que se entró por el estrecho
De su gáznate á dar mal rato al pecho.

No sale por la Libia leon hambriento
 Con bramidos tan altos y feroces,
 Dejando atrás al más ligero viento
 La fuerza de sus impetus veloces,
 Como salió con denodado intento
 Hiriendo al cielo con soberbias voces,
 Traspasando los aires cual cometa
 Este moscon, á quien el hambre inquieta.

No encuentra en todo el campo quien le lleve
 A su ejército, ó dél le traiga nueva ;
 Los secos vientos presuroso bebe,
 Y el corazon hambriento en ellos ceba :
 Vuela un espacio largo en curso breve ;
 Por esta parte y la contraria prueba,
 Y mirando por todas desde léjos,
 De un chapitel le dieron los reflejos.

En él la vista denodado encara ,
 Y ser remate de una torre mira,
 Y como el perro, á quien suspende y para
 El aire de la prisa con que gira,
 Del viento al fresco aliento se repara,
 Y tras el rastro de la caza tira ;
 Así estotro repara á ver la torre,
 Y vista , al punto allá se parte y corre.

Paróse en la mitad del campo raso,
 Por ver si por la parte donde iba,
 Para saber para la torre el paso,
 Hallaba rastro de persona viva :
 No pudo ver alguna, pero acaso
 Humo miró subir la torre arriba,
 Y apenas esto vió, cuando al momento
 Se puso bien cercano del cimientto.

Por entre el humo negro se divisa
 Una encendida y temeraria hoguera,
 Y gente junto á ella, que con prisa
 Solia cruzar solícita y ligera :
 Quiso hacer en secreto la pesquisa
 Y mirar , sin ser visto desde afuera,
 La verdad del suceso, y para el caso
 El cuerpo guarda, y apresura el paso.

Y á poco espacio por las dos ventanas
 De sus narices anchas entró un viento,
 Dándole ¡ gran ventura ! nuevas sanas
 Al triste corazon y pensamiento ;

Que allí sin duda sus hambrientas ganas,
 El cansancio pasado y el tormento
 Que la fiera en su estómago le causa,
 Tendran limite cierto y pondrán pausa.

Alegren los espíritus vitales
 El buen olor que por el aire vino,
 Y aparta luego con premisas tales
 De sus sentidos el furor mohino :
 Despues por los desiertos arenales
 Torciendo su camino sin camino,
 Sin que alguno pudiese ver por dónde,
 Llega á la torre, y sin temor se esconde.

Era esta torre desde donde acecha
 El rey Sicaboron cuanto allí pasa ,
 Por obra insigne , de una pieza hecha
 Sin mezcla de betunes y argamasa :
 La punta sube desde el pié derecha ,
 Cuya cumbre sin par las nubes pasa ,
 De manera que vieran en su altura
 De otro Nembrod soberbio la locura.

Del chapitel la punta se divisa
 Con tanta altura, que sin duda creo
 Que no puso pirámide Artemisa
 Tan grande á su difunto Mausoleo :
 La negra sombra de su altura pisa
 De tierra muchos pasos en rodeo,
 Obra al fin que la madre comun pudo
 Hacer, adonde el arte quedó mudo.

Mas ya el curioso por saber codicia
 Qué torre es esta ó qué milagro raro,
 Obra mejor que la soberbia Egicia,
 Más admirable que el ingenio faro :
 Sepa, si no ha llegado á su noticia,
 Que esta , con quien alguna no comparo,
 Era un hongo terrible y estupendo,
 De la preñada tierra parto horrendo.

A sombra de su altísima techumbre
 Cuatro pulgas armadas razonando
 Vió, que entre brasas de infinita lumbre
 Una liendre montés iban asando :
 No le dieron las armas pesadumbre
 Al rey que el espectáculo mirando
 Se alegra, y entre el grande regocijo
 Oyó á un soldado pulga que así dijo :

«Ya sabe nuestro ejército por cierto,
Que el rey Sicaboron, comun padrastra
De nuestras fuertes gentes, es ya muerto,
Gracias al cielo y al propicio astro:
No ha sido por los suyos descubierto,
Ni dél por ningun modo se halla rastro;
Y si él en nuestra contra no se halla,
Vencerá el gran Mirnuca la batalla.»

«Eso nunca será mientras yo viva,
Dijo el tártaro rey entre sus dientes,
Si del vital aliento no me priva
La enemiga comun de los vivientes:
Aparejaos, canalla vengativa,
Porque habréis menester el ser valientes;
Que llega cerca del redil el lobo,
Que piensa hacer en vuestra presa robo.»

Salió á sus ojos el varon dispuesto
Con denuedo feroz, mostrando á todos
Los cuatro juntos el transido gesto
Y el cuerpo estropeado de mil modos:
Ellos, su vulto viendo tan funesto,
Estábanle con risa echando apodos:
«¿Qué demonio el infierno nos envía,
O qué vestiglo ó comedora arpia?»

Oyelo todo el rey y disimula,
Y á llegar cortésmente se comide,
Y dice: «Caballeros, si estimula
Lástima vuestro pecho del que pide,
Si el que es pobre y hambriento tiene bula
Para que donde hallare se convide,
Pues para solos cuatro asais tal bestia,
Que os la ayude á comer no os dé molestia.»

«Hidalgo, que en lo flaco y estrujado
Nos muestra ser hidalga su persona,
¿Qué ballena del mar le ha vomitado?
Dijo una pulga entonces socarrona:
Diga, ¿quién las mejillas le ha chupado,
O cómo así trae hecha la mamona?
Pase adelante presto, si no espera
Que como estotra liendre asado muera.

«Bien sabe, amigo, que de asar vivimos,
Porque este solamente es nuestro oficio,
Y que no estando asando, nos morimos;
Que es nuestra vida ajeno perjuicio;

Y pues sin ser asado, permitimos
Que libre pase, estime el beneficio,
Y sepa que se engaña si hace cuenta
Que es la campaña bodegon ó venta.»

La sangre helada, con la furia hambrienta
En cólera se enciende, y el enojo
Al furibundo tártaro atormenta,
Por ver su acero en sangre aleve rojo:
«Hoy, gente vil, me pagaréis la afrenta,
Dijo, si de las vidas os despojo,
Y que me deis hará la fuerza mia
Lo que no pudo hacer la cortesía.»

Saca desnudo el cortador acero,
Que ha sido en sus fortunas y trabajos
Por la tierra y el mar su compañero,
Temblando mar y tierra de sus tajos:
«Salid, dice, canalla, porque quiero
Vuestra carne villana hacer tasajos,
Y con ella y la liendre que se asa
Desterrar esta hambre de mi casa.

«No me da pesadumbre que seais cuatro,
Porque sois para mí pequeña presa;
Que tengo lleno el infernal baratro
De gente fementida como esa:
De que no pueda verse en un teatro
Mi gran valor y vuestro fin me pesa,
Aunque bien sabe el mundo que á millares
Suelen matar las pulgas mis pulgares.»

Levántase al instante la caterva,
Y á los furiosos golpes se apercibe,
Temiendo á tiempo tal la verde yerba
Que con la sangre de verdor se prive:
Batalla tan horrenda y tan acerba
No la han visto en el mundo, ni se escribe,
Desde que juntan gentes enemigas
Contra las fuertes moscas las hormigas.

Visten al punto los siniestros brazos
De recios y finisimos escudos,
Reparo, si le tienen los golpazos
De los aceros limpios y desnudos:
Rompe el Sicaboron los fuertes lazos
De los almetes con los golpes crudos,
Y al cielo y á la tierra pone grima
De las pulgas y el tártaro la esgrima.

Todo soldado con valor se adarga,
Y con furor colérico acomete;
Pero el rey con su espada los alarga,
Cuando por ellos sin temor se mete:
Sobre la gente misera descarga
Golpes, sin que resista capacete,
Y los cuatro con saltos se le acercan,
Y por las cuatro partes al rey cercan.

A la serpiente vibora semeja
Entre fieros leones africanos,
Que por picarlos y escapar forceja
De entre las gritas de sus piés y manos;
Al jarameño toro, á cuya oreja
Acuden á cebarse los alanos;
Al jabali cerdoso, que en los cerros
Matando se defiende de los perros.

Entre la fiera turba que rodea
Su vulto, al de la ira semejante,
Con la espada furioso se mosquea,
Jugando de ella como de un montante:
Ligero á todas partes se menea;
Ya retira la pulga de delante,
Ya espanta la de atrás, y denodado
Ahuyenta la del uno y otro lado.

Seis pasos una pulga se retira,
Atento el bravo rey á ver su ensayo,
Y ve que un dardo pasador le tira,
Que le causara el último desmayo:
Húyele el cuerpo el rey, que el dardo mira,
Y déjale que pase como un rayo:
Pasa, y al paso que de allí se aleja,
Llega su espada á la contraria oreja.

Dale al instante tan terrible bote,
Que del aliento y el vivir le priva,
Y la oreja con medio del cocote,
Matizando la yerba, le derriba:
Sintieron los soldados el azote,
Encendidos en cólera más viva,
Mirando con el golpe repentino
El ángulo cuadrante vuelto en trino.

Viéndose entonces del soldado faltos,
Los tres pulgas coléricos reniegan,
Y al tártaro furioso con sus saltos
Rabiando se avecinan y se llegan,

Y descargando los aceros altos,
Golpes al aire rigurosos pegan;
Y el fiero rey, probando arremetidas,
Con la muerte amenaza sus tres vidas.
Acércanse los tres, pero no tanto
Que al tártaro le toquen á la ropa;
Que tienen ya experiencia del quebranto
Que hace en las armas que su espada topa:
Tan fuertes golpes no se han visto en cuanto
Da sombra de la torre la alta copa,
Ni en cuanto el sol con sus caballos corre,
Que es poco más que sombra hace la torre.

Mientras tiene el jayan los dos delante,
Y entre ellos lleno de furor se envuelve,
Luego contra la espada del gigante,
Brotando enojos, el tercero vuelve:
Tírale un cortapiés, pero al instante
El pecho fuerte el tártaro revuelve,
Y ántes que pueda herirle el bravo tajo,
Salta, y pasa la espada por debajo.

Su nombre allí el soldado pulga ensalza,
Si con el fuerte tajo no le yerra;
Y si el rey tan ligero no se alza,
Diera fin con el suyo á aquella guerra:
Echale entonces á la pulga calza,
Que levantar le hizo de la tierra
Más de diez piés bien largos, aunque sean
De aquellas pulgas que con él pelean.

Valióle la ligera cabriola
El escapar de la mortal herida;
Que cortarle pudiera aquella sola
Con las piernas el hilo de la vida:
Entonces el rey tártaro enarbola
El brazo, y con su cólera ofendida
Hizo con un revés lo que no hizo
De tajo el pobre pulga, á quien deshizo.

Ya con estas son dos las que caminan
A dar la nueva á la region oscura,
Cuando las dos restantes determinan
Poner fin miserable á su locura:
Cóntra el fiero pagano se avecinan,
Y la que estaba en parte más segura,
En su cabeza un golpe dió de llano,
Que en el taller le oyeron de Vulcano.

Quedó el soberbio tártaro aturcido
 Con la fuerza del golpe temerario,
 Que pareció tocarle en el oído
 Más campanas que tiene un campanario:
 De su vista al diabólico sentido
 Se le ofrecieron ¡caso extraordinario!
 Tal número de estrellas, que Zoroastro
 No conoció de noche tanto astro.

Cayó, mas fué de suerte la caída,
 Que subió más de punto su impaciencia,
 Y con la vista en cólera encendida
 Se levanta á la fuerte competencia:
 Fué como cuando sale más herida
 Y suele hallar mayor la resistencia;
 Que más entonces se levanta y bota,
 Sacudida con fuerza, la pelota.

«Gentes infames, dijo, gentes viles,
 Hoy quedaréis sin vida en la batalla,
 Aunque estuviera como la de Aquiles
 Invulnerable vuestra fuerte malla;
 Que del valle el señor de los barriles
 Como otro París en contrario se halla;
 Hoy moriréis, villanos, gente astuta,
 A las manos del tártaro de Buta.»

Apenas el del valle barriliense
 Con apellidos tales se les nombra,
 Cuando no queda pulga que no piense
 Que la muerte en el tártaro la asombra:
 Pídenle que el enojo recompense
 Con que solo le dejen á la sombra,
 Y allí la liendre que se asaba dejen,
 Porque él los deje que de allí se alejen.

No repara el jayan en sus razones,
 Ni pudo, estando en cólera metido,
 De las pulgas oír las peticiones,
 Ni en sus ofertas aceptar partido:
 Quisieran excusarse los varones
 Pulguinos con no haberle conocido;
 Mas él á sus excusas y á sus quejas
 Hace ¡oh crueldad! de mercader orejas.

Las pulgas con piedad al rey arguyen,
 Mas no sacan provecho deste lance;
 Y al fin, como pudieron huir concluyen
 Para escapar del riguroso trance:

Con las alas del miedo los dos huyen;
 Sigue el maldito tártaro el alcance,
 Y acércaseles presto el mónstruo fiero,
 Que más que el miedo mismo era ligero.

Ya en las pisadas sienten que se acerca
 Como ligera bala de escopeta;
 Que su obstinada rabia y furia terca
 Ni á la humildad ni á la piedad respeta:
 Tirale una estocada á la más cerca,
 Y por la espalda hasta la cruz le espeta
 La espada, que sacó la punta dura
 Envuelta en las entrañas y asadura.

En tanto que el pagano rey de Buta
 En el cuerpo pulguino miserable
 Con demasiada cólera ejecuta
 El acto furibundo y execrable,
 Con saltos largos la restante astuta,
 Huyendo del peligro inevitable,
 Sin dejar de sus pasos las señales,
 Huyó por los desiertos arenales.

Vuelve fiero la vista, y por la playa
 Ni el campo el otro pulga se divisa,
 Y pésale en extremo que se haya
 Escapado el contrario tan aprisa;
 Mas porque ya la hambre le desmaya,
 Vuelve á la liendre que para él se guisa,
 Y al punto descubrió la excelsa cumbre
 Del chapitel, la torre, el humo y lumbre.

Llega el pagano, y de la misma traza
 Que el leon que, saliendo de su cueva,
 Presa hicieron las suyas en la caza,
 Y en las carnes colérico se ceba:
 Así á la grande bestia despedaza,
 Y arreo el cuerpo de la liendre lleva,
 De manera que el tártaro en un punto
 Se comió carne y huesos todo junto.

Despues que de la hambre el mal prolijo
 Y el bélico furor hubo pasado,
 Y entró en su ayuno cuerpo el regocijo,
 Junto y revuelto con estotro asado:
 «Vencite, bestia temeraria, dijo,
 Vencite, bulto triste y estrujado;
 Con una bestia muerta quedas muerta,
 Entraste, y sales por la misma puerta.»

Salió la hambre de su cuerpo y casa,
 Y apenas este ya vencido sale,
 Cuando otro el pecho con furor le abrasa,
 Que tanto como el otro puede y vale:
 La fiera sed sus hígados traspasa,
 Que apenas hay tormento que le iguale;
 Que sed, desnudez y hambre son los ciertos
 Enemigos del cuerpo descubiertos.

Pero no duró tanto su tormento;
 Porque el libero padre siempre franco
 Quiso aplacarle su furor sediento
 Al que era entonces de la sed estanco;
 Extendió su ligero movimiento
 El moscon, y halló un grano de uva blanco,
 Del cual chupando el regalado zumo,
 Subió á los ojos el alegre humo.

El dulce humor con el aliento trujo
 La sed, haciendo de su pecho fuga,
 Y falto de licor quedó el orujo,
 Como cuando el lagar su bulto arruga:
 El tártaro á la sombra se retrujo,
 Y allí el sudor de su cansancio enjuga,
 Mientras la fuerza del calor que abrasa,
 Pasa, y la del licor chupado pasa.

Allí, por permision del padre Baco
 Y por el grande beneficio y obra
 Que obró en el cuerpo tan sediento y flaco,
 El jaez de la uva el nombre cobra;
 Y es conclusion que de premisas saco,
 Que para buena conjetura sobra
 Ver que sustenta el nombre, y que se llama
 La especie de uva, moscatel por fama.

¿Quién duda que haya nombre que no tenga
 Derivacion alguna ó fundamento,
 Para dar á entender que le convenga
 Su nombre mismo por algun intento?
 Pues ¿qué origen tendrá, de donde venga
 Con tanta propiedad ni tan á cuento,
 Para que llamen moscatel la fruta
 Que dió la vida al gran moscon de Buta?

No habia dormido el varonil soldado,
 Y apoderado dél el diós Lico,
 A las ninfas del campo encomendado
 Le dejan y en los brazos de Morfeo:

Pues que, rendido ya el varon alado,
 Entre las matas reposar le veo;
 Mientras el campo de la hormiga enseño,
 Diosas de aquel lugar, guardadle el sueño.

CANTO VII.

Despues que en los vivientes la insolencia
 Llegó á su punto, y á los hombres puso
 En tan terrible extremo y diferencia,
 Que el cielo en su maldad se vió confuso;
 Despues que pronunciaron la sentencia
 Los dioses contra el mundo, y se propuso
 Que el fuego, al fin, de ejecutarla deje,
 Respecto al cielo y á su inmóvil eje;

Despues que se concluye en la revista,
 Que á Neptuno el estrago se cometa,
 Y que la tierra de sus aguas vista,
 Y con ellas la deje pura y neta;
 Despues de esta intencion sabida y vista
 Por el dios del tridente, que sujeta
 De las ondas del mar los fuertes brios,
 Y las aguas reparte entre los rios;

Despues que todos levantando espuma
 Sus arenas y limites rompieron,
 Y los vapores con que al aire ahuma
 La tierra su region oscurecieron;
 Despues que, fieros, la mojada pluma
 De sus alas los vientos sacudieron,
 Y el cielo, que á las gentes miró ingratas,
 Cerró su luz y abrió sus cataratas;

Despues que á nuestra máquina sepulta
 El agua dentro en su profundo seno,
 Y á Pirra libre y Deucalion oculta,
 Par, entre tantos malos, sólo bueno;
 Despues que del oráculo resulta
 Modo de verse el mundo de almas lleno,
 Y el iris vieron, que á los dos saluda,
 Indicio que la guerra en paz se muda;